





LAS KERMESES

Aunque «nada hay nuevo bajo el sol», la humanidad se finge novedades para distraer algún tanto su perpetuo aburrimiento.

Hay quien tiene mujer hermosa y buena, y la posterga y desdeña por una zarrapastrosa. España atesoraba en sus anales populares infinidad de costumbres, tan vistosas y animadas, como altas y simbólicas.

Pero, ha ido dejándolas, y sustituyéndolas por otras, traídas de extranjería, y por las que bebe los vientos y se despepita.

¡Si á lo menos se bautizara á esas fiestas de importación con nombres á la castellana!

Pero, no. En este punto, como en otros, apenas nos llamamos Pedro.

Desde que las kermeses se introdujeron entre nosotros, no hay organizador de festejos que no sueñe con una de ellas.

Conmemórese lo que se conmemore, trátase de lo que se trate, es indispensable la kermese como uno de los números más brillantes del programa.

Se suprimirán las procesiones, los fuegos artificiales, las corridas de toros; todo lo que es genuino y nacido en esta tierra del garbanzo; pero ¡una kermese!

¡No me toque usted á las kermeses!

Y hasta en los hogares más pacíficos y modestos, y en donde no suelen penetrar fácilmente los ruidos del mundo, esa fiesta «bárbara», bárbara á la manera con que entendían lo bárbaro los romanos, ejerce una sugestión infinita.

En la familia de Pérez de Retales, sobre todo, no dan paz á la mano las señoritas de la casa, en vísperas de una kermese.

El pobre padre de las niñas, que desempeña un oscuro y poco retribuido destino en una Compañía eléctrica, se da á todos los demonios, y hasta hace una invocación á los rayos de Júpiter, cuando se aproxima alguno de estos «faustos sucesos».

—Pero, hijitas,—dice á las pollas.—¿Qué estáis haciendo ahora, que os encuentro siempre tan atareadas?

—Déjalas quietas,—replica la mamá, con faz de tiburón.—Tú no entiendes de estas cosas. Están bordando un perrito de lanas para la kermese de la Inclusa.

—¿Es que también en la Inclusa toman perros?

—¡Qué bruto eres, Leovigildo! ¡Cuando digo que no entiendes de estas cosas! Ya ves tú, somos muy conocidos en toda la corte. Las niñas son compañeras de colegio de muchas ricachonas, cuyos padres, muy diferentes á ti, siempre andan exhibiéndose en público. ¿Qué se diría de nosotras si no contribuyéramos al mayor éxito de la kermese?

—Pero, ¿ese perrito de lanas?...

—Es para la tómbola.

—Y ¿qué es eso?

—¡La rifa, animal, la rifa!

—¡Ah! Pues hablad claro... ¡Kermese! ¡tómola! ¡El diablo que os entienda!

Y el buen Leovigildo se retira á su oficina, por no desbarrar, pensando para sí quien catará más cerca de la tontería, si él que consiente estas necesidades, ó su familia que las preconiza.

¡No importa! Las kermeses siguen, sin tropiezo, su vida pujante y bayante, volviendo loco á medio mundo.

Y si no que lo diga Narcisito Carne-ro, un pollo elegante, que antes se deja apabullar la chistera, y eso que es prenda que mima, y cuida, y la tiene puesta en el alma, que faltar á una kermese.

El es hijo de una viuda, con pocos posibles, y anda á caza de ricas herederas, por si alguna cae en sus amantes brazos, y lo saca de penas.

Y es lo que él dice:

—Si en una kermese no encuentro á mi futura, no la encuentro en ninguna parte.

Y lleva razón, por que él no va á ningún baile de sociedad, ni frecuente tertulias distinguidas, no porque no sean esos sus deseos más vehementes y sus aspiraciones más nobles, sino porque es pobre, y sus trajes son de una riqueza sólo aparente, de lanillas baratas, y confeccionados en casa.

Durante el invierno, Narcisito vive, como ciertos bichos, aletargado y escondido, y sin salir de casa.

Pero, llega el verano, el salvador está con sus telas económicas, y sus camisas de céfiro, y sus sombreros de paja, y sus zapatos de lona, y Narcisito aparece en los sitios públicos tan flamante y provocativo.

Y las kermeses vienen en su ayuda.

Con mediana ropa puede aquí entrarse y bailar con una linda pareja, y decirla palabritas románticas al oído, y poner los ojos en blanco como testimonio de la fervorosa pasión que arde en el pecho enternecido y sudoroso.

¡Y no digo nada si tal parejita es hija de algún acaudalado comerciante!

Entonces ¡miel sobre hojuelas!

Pero, no todo es dulzuras en este pícaro mundo. Narcisito pasa las de Cain, cuando se trata de aflojar la mosca.

Y como él es tan conocido de las bellas, no hay ninguna que no le salga al paso con alguna socalifia, en provecho de la obra benéfica para que se arbitran recursos.

—Narcisito,—le decían,—no nos dejará usted feos no tomándonos alguna cosa.

Y una le ofrece una flor, otra un cigarro, esotra un vaso de limón, que Narcisito tiene que pagar en perros, casi á su precio, soportando las airadas miradas de las bellas que, en vez de darle las gracias, le apostrofan con los

términos menos amorosos. «¡Rofoso!» «¡Infeliz!» «¡Esgalichao!»

Pero, todo lo sufre Narcisito á trueque de conseguir por fin una blanca mano.

Claro está que si todos los donantes fueran como ese pollo ¡medrados estaban los pobres del barrio! No, no. La caridad abre la mano en las kermeses. La caridad moderna, que se retrae cuando se la



solicita en secreto y sin invocar más títulos que el de la piedad, tira la casa por la ventana, y derrocha, cuando se le pide que baile, y retoce y se divierta.

No duele la limosna si se da con la sonrisa en los labios, entre el halago de las pasiones y de los apetitos mundanos.

Sí. En las kermeses se recauda bastante dinero para la beneficencia.

Más ¡ay! no llega todo intacto al socorro del necesitado.

A su salud y prosperidad suelen los organizadores de las kermeses beber y comer, en fraternal banquete, royendo algo al producto de la tómbola.

—¿Y qué se le ha de hacer?—dicen ellos.—Algún premio han de tener nuestros afanes, los días de trágica y las noches en vela.

JOSÉ DE SILES



LA SONATA DEL CLARO DE LUNA DE BEETHOVEN, cuadro de Benjamin Constant

Benjamin Constant es hoy el más brillante colorista francés. Educado en la Escuela de Bellas Artes de París trasladóse luego á Argelia, donde pudo dar rienda suelta á sus aficiones orientalistas. En la *Sonata* que reproducimos hoy se puede admirar, á su vez, la delicadeza del autor, tan vigoroso en sus asuntos bizantinos.

EL ARTÍCULO 11

Se despertó sobresaltado, miró el reloj, vió que acababan de dar las ocho, se vistió de prisa y corriendo, se pasó una toballa mojada por la cara, se caló el cordobés, cogió los apuntes de la asignatura y, como alma que lleva el demonio, en menos de un cuarto de hora llegó Pedro del Valle á la Universidad, entró en la clase de Derecho Penal, se sentó en el último banco, buscó la lección de repaso, y con el dedo en el gatillo, esto es, con el índice entre las páginas correspondientes á la materia que iba á preguntar el profesor, esperó en guardia el momento fatal. Pero no tuvo necesidad de hacer de *traspunte* ni de recibir la gracia del *Espíritu Santo*. El estudio comenzó el día anterior era de suma importancia. «Diversos grados de culpabilidad criminal. —Autores, cómplices y encubridores. » Quedaba mucho que exponer acerca del artículo 11 del título 2.º del Código Penal. Aguardó el catedrático que reinase en el aula el más absoluto silencio, y después de ordenar sus notas, atusarse el bigote y poner el birrete encima de la mesa, dijo á sus discípulos:

— Señores; recordábamos ayer que el Tribunal Supremo entiende que todos los que concurren á la ejecución de un delito son igualmente responsables de los medios que cada cual emplea para la realización del hecho y de sus consecuencias. »

Al ver que no pasaba lista ni preguntaba, en el rostro de todos los alumnos se pintó la más viva alegría. Repuesto del susto Pedro del Valle, decidió no seguir á su maestro en tan áridas consideraciones; puso los apuntes en el banco de enfrente á modo de almohada, reclinó sobre ellos la cabeza, y por no perder su antigua costumbre, se quedó profundamente dormido.

Pedro del Valle adoraba á Carmen Albaicín; una morena encendida, de talle esbelto y flexible, de ojos rasgados, de cejas negríssimas dulcemente arqueadas y de cabellos ondeados y sedosos con tornasoles azules recogidos en anchos rizados sobre las sienes. Se conocieron y se amaron. Carmen en la edad en que Dios no ha despojado aún á la mujer de sus alas angélicas; Pedro, cuando el candor de la ilusión que alfombraba el camino de su existencia comenzaba á romperse.

Se prendó de Carmen por rutina. Su corazón no establecía diferencias. Una mata de pelo al desgairle le hacia perder el juicio; una cabeza peinada artísticamente le enloquecía; una francesa vestida á lo *Madame Lefebvre* le trastornaba; una española con la clásica mantilla de la época de los casacaones y de los estudiantes de gasista túnica, le oscurecía el cerebro y le nublaba la razón.

Cominaban por distinta senda. Carmen iba á la lucha de la vida, alegre, sencilla, inocente. Pedro volvía de la pelen, herido, triste, desengañado. ¡Cómo lloró Carmen la noche de su boda!

Se acordó de sus amigos, de sus juegos infantiles, de su muñeca... ¡Qué curiosidad la suya al entrar en la alcoba nupcial! ¡Qué emoción al sentirse aprisionada entre los brazos de Pedro! ¡Qué inexplicable escalofrío al fijarse en el Ángel de la Guarda de su reclinatorio y ver que no le sonreía como el de su cuarto de soltera! ¡Su cuarto de soltera! Estereotipado lo tenía en su retina con todos sus detalles. Los muebles, las colgaduras, el alfeizar del bancoñillo, las aves del jardín que en bandadas iban por las tardes á robarle los cañamones á su jilguero, la imagen de la Concepción que por la noche guardaba su reposo... ¡Pobre niña! La inocente criatura no conocía más mundo que el que había visto á través de las rejas del Convento de la Merced; y, ¡es tan reducido el espacio que se alcanza y tan pequeño el horizonte que se vislumbra desde el locutorio de la casa de Dios!

Su caprichoso traje blanco se destacaba en la sombra de los árboles como una mancha de nieve. De vez en cuando, reclinada la cabeza con displicente coquetería en el hombro de su amante, dejaba ver sus diminutos dientes como dos líneas de perlas y arqueaba sus labios de amapola con estudiada afección. Ella era la amiga íntima de Zutano, la protegida de Mengano, la *Dama de las Camelias* de Biarritz, la *Nana* de Panticosa, la *Manon Lescaut* de San Juan de Luz... Sarali... Luisa... Mercedes... El calendario entero. El, Pedro del Valle.

Oculto detrás de un pequeño molino escuchaba Carmen la conversación de la enamorada pareja y expiaba los movimientos, los ademanes, los arrullos de los entretenidos tórtolos.

En la sublime región de su alma, se mezclaron los buenos y los malos sentimientos con las ideas de indiferencia y los arrebatos del orgullo femenino, como se abrazan sin querer los cabellos de dos hermanas que reposan en el mismo lecho.

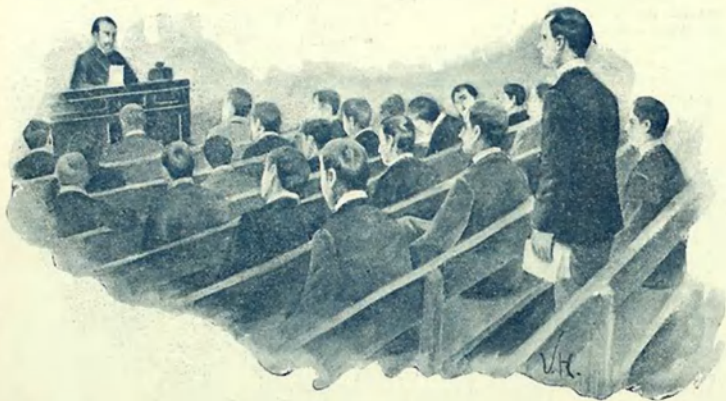


No estaba loca, no: Pedro, su esposo, el hombre en quién Carmen había puesto todo su cariño y todas sus ilusiones, era el que abrazaba á aquella serpiente de cascabel.

Entretenida en jugar con una figurilla de porcelana, recordaba Carmen en su gabinete azul, impregnado de suaves esencias y cubierto de ricas colgaduras, su último triunfo en el baile de la vizcondesa de Utiel.

La desgraciada criatura se miró al espejo, se encontró más joven y más hermosa que su rival, se estropeó el rostro con afeites y menjurjes, se cubrió de terciopelos y blondas para deslumbrar y atraer á su inconstante marido, y rodeada por todas partes como las flores silvestres, de cieno y maleza, perdió su hermosura de alma y en ella dió cabida á los males instintos y á las malas pasiones, sin que una buena voluntad le aconsejase, ni una voz dulce y cariñosa lo impidiese.

Vió con gusto que el Vizconde de Utiel deslizara en sus oídos los acentos de su vehemente pasión y que sus admiradores la envolviesen en las aromáticas nubes de su amoroso incienso, y escuchaba con glacial indiferencia la empalagosa conversación de su marido.



Su angelical y puro corazón había muerto, pero había muerto á mano airada. Pedro del Valle era el autor del asesinato; su egoísmo el cómplice; su malvado proceder el encubridor de la tragedia.

El catedrático quiso cerciorarse de si sus alumnos habían ó no aprovechado el tiempo. Desdobló la lista, miró en todas las direcciones, y dirigiéndose á sus discípulos preguntó con el temor del que cree que hace una tentativa infructuosa: «—¿Está el señor D. Pedro del Valle?» Seis ó siete empujones despertaron al dormido *penalista*, que sin darse cuenta del lugar en que se encontraba se puso rápidamente en pie.

Entonces comenzó el tiroteo de preguntas y respuestas.

—¿Es usted Pedro del Valle?

—Servidor.

—¿Se ha fijado usted en las circunstancias agravantes y atenuantes que concurren en el hecho punible que acabamos de ver?

—Sí, señor; me he fijado perfectamente.

—¿Cuántas personas han intervenido en la ejecución del delito?

—Tres: un autor, un cómplice y un encubridor.

—¿Quién es cada uno de ellos?

—El autor soy yo, el cómplice mi desvío, el encubridor mi proceder.

Pedro del Valle soñaba aún con Carmen Albaicín.

ANTONIO SOLER

Se querían mucho.
 Al caer la tarde ella le esperaba
 impaciente y nerviosa en la reja
 de flores cuajada.
 Llegaba él cantando
 al compás de la triste guitarra,
 de esa lira que tiene en sus cuerdas
 la dulzura armoniosa que embriaga,
 el misterio de ardientes pasiones,
 la tristeza de vagas nostalgias,
 los acentos viriles que llegan
 al fondo del alma,
 y el sentir generoso de un pueblo
 que sufriendo canta.
 Se miraban sonriendo, arrobados,
 y á hablar no acertaban,
 parecía asomar á sus ojos
 el amor que abrasaba sus almas.
 El cogía su mano de virgen
 que amante besaba;
 ella sonreía
 y en sus ojos brotaba una lágrima
 que su amor y su inmensa pureza
 fielmente expresaba.
 Y así, contemplándose
 las horas pasaban
 habiéndose sólo
 con el mudo lenguaje del alma.

Con pesar el mozo
 luego se alejaba
 se alejaba cantando una copla
 que la brisa amorosa llevaba
 al oído de aquella morena
 de ojos negros y tez africana
 que quedaba muy triste en la reja
 de flores cuajada
 contemplando perderse á lo lejos
 la figura del mozo á quien ama
 con cariño inmenso,
 con toda su alma.

¡Qué triste parece
 la reja cerrada!
 ¡Se han secado los blancos jazmines
 que antes la adornaban!
 Ya no hay nadie que espere como antes
 al amante que alegre llegaba
 á decir á la hermosa morena
 cuanto la adoraba.
 Ni un rumor, ni un eco
 de la calle interrumpe la calma
 sólo se oye gemir esta copla
 al compás de la triste guitarra:
 —¡Qué grande es la herida
 que llevo en el alma!
 ¡Al morir mi morena con ella
 se fué mi esperanza!

SANTIAGO A. NARRO





EL BAUTIZO, cuadro de J. Gallego

Ayuntamiento de Madrid



¡Carta que no has de parar
hasta en sus manos posar;
con tu lenguaje sincero,
convéncele á mi Pilar
de lo mucho que la quiero!

Tú la dirás este día
el amor que yo sentía
desde que la conocí;
tú la dirás que es la huri
que venera el alma mía.

Y ¡quién tuviera la suerte
que tú pronto has de tener;
porque ya luego has de verte
en manos de la mujer
que es mi vida y es mi muerte!

Y ¿quién sabe si mereces
quizás, quizás el honor
de que te lea mi amor
una, dos, tres ó cien veces
dolido de mi dolor?

¿Quién sabe, tú, carta, dinic,
si comprendiendo ella al fin
el malestar que me oprime,

compasiva te aproxime
á sus labios de carmín?

¡Quién sin ser visto, pudiera
mirar como te recibe
aquella niña hechicera
que de mi pecho la hoguera
con sus miradas revive!

Pero... ¡tal vez la pasión
que ahora va siendo tan grande,
no pase de una ilusión;
porque acaso no se ablande
su acerado corazón!

Y aunque ella con desenfado
te arroje en el pavimento,
sí, carta, ¡te habré envidiado
la dicha de haber estado
en sus manos un momento!

No, no será tan ingrata
para usar tal proceder;
que bien puede comprender
que con su deadén me mata
ó agranda mi padecer.

No: cesarán mis dolores;
porque en ti, carta, confío
que vendrán días mejores
que aumenten del amor mío
los juveniles ardores.

A ti sola he confiado
esta dichosa misión,
porque sabes que he trazado
con palabras que han brotado
de mi ardiente corazón.

Tú sabes, letra por letra,
la pasión que me animó;
¡ay! ¡Qué feliz será yo,
si en su corazón penetra
lo que del mío salió!

Que no seas la primera
á un tiempo que la postrera
esta carta que la escribo;
¡repítela como vivo
en situación lastimera!

Cumple bien esta misión
que amoroso te encomiendo;
y una vez en el buzón,
yo estaré al cielo pidiendo
que te le su protección.

Y por más que con enfado
te arroje en el pavimento,
¡yo, siempre te habré envidiado
la dicha de haber estado
en sus manos un momento!

VICTORIO DE ANASAGASTI



DANAE, cuadro de Watteau



LOS HIGOS NEGROS

La venerable marquesa llegó junto á sus hijas que bordaban en la terraza y exclamó llena de gozo enseñando una carta:

—¡Ya tenemos cura!

—¿De veras?— preguntaron casi al unísono las dos jóvenes.

—El padre Anselmo me lo escribe, y por cierto que me hace un encargo muy gracioso.

—¿Cuál?

—Que, por voluntad expresa del padre Antonio, que es el designado me previene que, cuando se le sirva el desayuno, no falte en la mesa nn plato de higos negros, mejor cuanto más frescos y hermosos.

—Será que le gustan mucho.

—Pero pedirlos de esa manera...

—¡Qué importa! Se buscarán cuate lo que cuate. ¡No faltaba más!

Y la marquesa dejó á sus hijas para ir á dar las órdenes oportunas.

Al amanecer del domingo marchó el coche al pueblo inmediato volviendo á las dos horas con el padre Antonio, cuyo aspecto causó buena impresión tanto en las dueñas de la quinta como en la servidumbre, y por todos fué recibido con afabilidad suma, no exenta de respeto, pues infundíalo desde los primeros instantes aquel hombre alto y delgado, todavía joven, pero encanecido, de agradable rostro y finos modales é inteligente mirada, por más que parecía un tanto frío y en su ancha y pálida frente dibujábase una sombra de tristeza indefinible, de dulces melancolía.

Después de un corto descanso, el padre Antonio entró en la capilla levantada á un lado del jardín y medio envuelta en la sombra de verdes y frondosas acacias, que, alzándose en círculo á la misma puerta del pequeño santuario, resguardábanlo de los ardientes rayos del sol, y celebró la misa con recogimiento y unción evangélica á que sin duda no estaban acostumbrados los oyentes.

Terminada la misa y mientras el sacerdote despojábase de sus vestiduras, sirvióse la mesa á la sombra de las acacias y á ella se sentaron la marquesa y sus hijas acompañando al padre Antonio, quién se contentó con tomar su taza de chocolate sin probar más de cuantos manjares y golosinas había preparados.

Durante la comida hablaron las mujeres de mil cosas sin que el sacerdote desplegara los labios. Hijo

tan sólo en la contemplación de los higos negros, que, frescos y hermosos lucían en el centro de la mesa, artísticamente apiramidados sobre rico frutero de cristal tallado, convidando á llevarlos á la boca.

Pero el padre Antonio resistió á la tentación y levantóse de la mesa sin probar el delicado fruto, regresando al pueblo más triste y melancólico, pero siempre cariñoso y afable.

—¿Entiendes tú esto, Clara?—decía luego la marquesa á su hija mayor, mientras mondaba escudadosamente un higo gordo y lustroso.

—Como Paquita no lo entienda; lo que es yo...

—¡La verdad es,—exclamó la aludida,—que después del encargo del padre Anselmo parece muy raro que el señor cura se haya marchado sin probar los higos.

—¡Tan ricos que son!—murmuró la marquesa saboreando el que había mondado.

—Daría cualquier cosa por descifrar este enigma,—objetó Clara.

—Pues como el domingo que viene ha ga lo mismo, lo que es yo se lo digo.

—¡Por Dios, mamá!

—Ya lo verás.

Y así sucedió, pues llegó el domingo y el padre Antonio tomó su chocolate sin dejar de contemplar los higos, y ya se disponía á levantarse de la mesa cuando la marquesa, contentándole con un ademán, exclamó:—Perdone usted padre Antonio, si soy indiscreta; pero ¿no le gustan á usted los higos?

—Con delirio, señora,—contestó el interpelado pali-
deciendo.

—¿Entonces!

—Entonces, resulta muy extraño que no los pruebe; ¿verdad, señora?

—Justo.

—Y aún parecerá desaire después del encargo del padre Anselmo.

—Desaire, no; pero...

—Pues oiga usted, señora.

—El padre Antonio pasó la mano por su pálida frente, levantó los tristes ojos al cielo, sacudió la cabeza y lanzando un hondo suspiro que no pudo reprimir, exclamó:

Dedicado por completo al cumplimiento de mis deberes, vivía yo con mi anciana madre en un pueblecillo de la sierra, respetado y querido de todos, pues en mí, amigos y enemigos, amantes de la iglesia y descreídos, veían siempre el ministro de Dios, atento solo á las cosas de la religión y alejado de las luchas y pasiones terrenales.

Cuanto podía en bien de los pobres y de los necesitados, hacíalo siempre sin pérdida de momento, obedeciendo á los dictados de mi conciencia y sin fijar me jamás en las condiciones y creencias del favorecido.

Mi vida, mis costumbres, mis actos, ajustábalos siempre á la moral cristiana en cnanto de mi humana condición dependía.

Solo podía reprocharme una debilidad: ese fruto que ven ustedes ahí en medio, ese fruto que quiero tener presente ante mis ojos y que constituye un delirio mío desde la infancia, desde aquellos tiempos en que hasta iba á robarlo para satisfacer mi gusto y saciar mi apetito.

Durante algún tiempo consagrame por entero al cuidado de una higuera plantada por mí mismo en el pequeño huerto de la abadía, hasta que al fin llegó un año en que el árbol explotó exuberante de vida, extendió sus delgadas ramas y se llenó de fruto: pero ¡ay! cuando ya maduro pensaba un día cogerlo, otras manos se adelantaron y hallé solo hojas. El fruto me lo habían robado asaltando las tapias del huerto.

Confieso que mi disgusto y mi desesperación fueron impropios de mi carácter y de mis convicciones, y al año siguiente, cuando los higos iban entrando en color, resolví pasar las noches en vela rondando por el huerto, pero no me valió mi cuidado, pues me quedé también sin el codiciado fruto.



Para robármelo vinieron á llamarme poco antes del amanecer para auxiliar á una pobre anciana que se moría; y cuando advertido el engaño regresé á casa, vi con dolorosa sorpresa que el negro fruto de la pequeña biguera había desaparecido.

Al año siguiente repitióse el robo, pero para alejarme de casa valiéndose el ladrón del sacristán á quien fué á llamar para que viniera á avisarme sin infundir sospechas, como sucedió.

Llegó el otro año, y en la madrugada del día en que pensaba yo coger el ya maduro fruto, vino á buscarme una mujer cuyo acento dolorido no conseguí convencerme.

La envié á casa del sacristán para que este fuera á enterarse personalmente, y apenas las rosadas tintas de la aurora comenzaban á disipar las sombras de la noche, ya tenía yo en mi cestillo la ansiada fruta que iba por fin á saborear cumpliendo el más ardiente deseo de mi vida, cuando llamó el sacristán á mi puerta.

Abriale: y al ver su rostro apenado y sus ojos tristes, exclamé, presintiendo una desgracia:

—¿Era verdad esta vez?

—Sí, señor cura: el pobre tío Juan, el herrador, acaba de morir en estos momentos.

Arrojé el cestillo lejos de mí, caí de rodillas y elevé los ojos al cielo pidiendo misericordia y perdón para aquella alma que había volado de este mundo sin los consuelos de la religión por mi sola culpa.

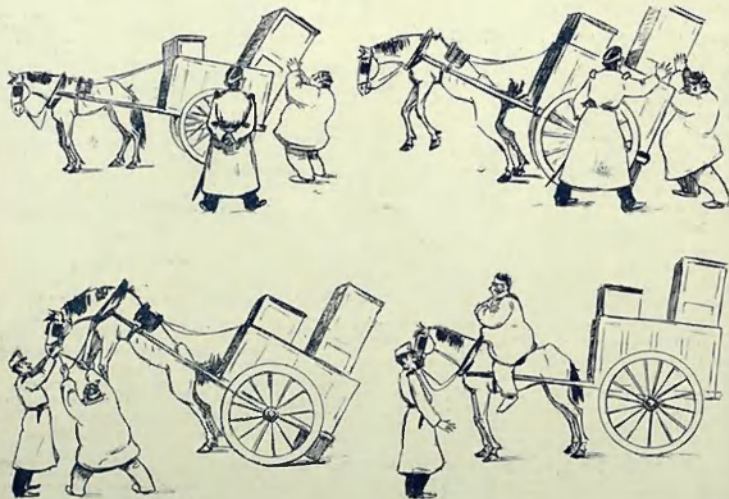
—Desde entonces,—terminó diciendo el padre Antonio,—confieso mi falta ante el mundo, siempre que la ocasión se presenta como obra meritoria á los ojos de Dios, y me he impuesto el martirio, para mí horrible, pero justo, de ver todos los días, mientras existen y en mi mesa, ese delicado fruto que estimo y aprecio desde aquellos días de mi infancia en que yo también iba á robarlo para satisfacer mi gusto y saciar mi apetito.

Y el padre Antonio cruzó las manos sobre el pecho, alzó la frente pálida y sudorosa, fijó en el azulado espacio sus ojos tristes y llorosos y quedó inmóvil, envuelto en un rayo de sol que halló resqueicio por entre las verdes hojas de las frondosas acacias.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

EL CONTRAPESO

(HISTORIETA MUDA)



PEPITORIA

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barabá.

Magdalena la Mendiga, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Orso, por Enrique Syenkevicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac. Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 60, Barcelona.

El sacerdote budista Shnye Sonoda, va á publicar dentro de pocos días en Londres un folleto en el que se propone demostrar que los Japoneses descubrieron la América cerca de mil años antes que Cristóbal Colón. Resulta, en efecto, que un tal Hohei-Sbin, dejó una crónica, en 499, al regreso de un largo viaje, en la cual se hace la relación de un país que no sería otro que Méjico. Shnye Sonoda, después de leída la relación, se trasladó á la costa occidental de dicho país, y vió completamente confirmados los asertos del mencionado viajero.

Recomendamos al Sr. Villanueva, reconquistador de Cataluña, ahora que se trae entre manos eso de los ferrocarriles secundarios que se entere de como hacen los ferrocarriles en Nueva Gales del Sur donde, á pesar de estar muy cara la mano de obra re-

sulta el kilómetro á 30,000 francos. Su Excelencia podría quizá hacer un viajeito á Australia para examinar sobre el terreno como se las arreglan los neo galeses del Sur.

En la estación otoñal es consejo que s-gruir para los que tienen callos usar el LADIVONSIM.

La solución en el próximo número.

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Acrobático americano. —

BALTIMORE
FILADEFIA
CHICAGO
NUEVA YORK
CINCINATI
WASHINGTON
BROOKLIN
NEWARK
GENEYCITY

Jeroglífico. —

Cautivaron mi albedrío
una mujer y una flor;
¡la flor la encontré marchita
y la mujer me olvidó!

Nuestro apreciable colega *El Liberal* está organizando una corrida de toros á beneficio de los pobres de Barcelona, contando para ello con el apoyo de importantes elementos así oficiales como particulares.

La fiesta se verificará el 27 del corriente y todo indica que revestirá inusitado esplendor. Los toros serán de una de las más acreditadas ganaderías andaluzas, y se cuenta con los diestros Antonio Fuentes, Algabeño y Bombita cónico, asistiendo además Rafael Guerra en calidad de asesor de la presidencia. No dudamos que la idea de esa fiesta hallará calurosa acogida y se verá coronada por el más lisonjero éxito, tanto por su generoso objeto como por la forma en que se realizará.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. F. M. — Habana. — ¡All right!
F. B. T. — Barcelona. —

Sus versos están muy bien, pero hay tanto original que tenemos más de cien poesías de asunto legiti.

T. R. F. M. — Madrid. — A fin de evitar el retraso inevitable, vamos á publicar ahora mismo una de las poesías, íntegra:

ANTE UNA FLOR MUSTIA

¡O flor que to aroma esparcistas por las nubes
y que adornabas el pecho de una dama;
ahora que mustia, y deshojada caíste,
te tiran y te pisan todos al pasar,
¡Ya ves el mundo necio
que te mira, y te pisa con desprecio;
no conocen bien, lo mucho que aun te valen,
que si lo conocieran,
guardado entre urnas te tuvieran,
pero una da plata... y da cristales.



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGOGRÁFICO EDITORIAL "LA ISBICA", PLAZA DE TETUÁN, 60.-BARCELONA

